

dos mensajeros austriacos, y toma de sus manos el ultimátum del conde Buol, que termina así: «Tengo el honor de rogar á V. E. que me diga si el gobierno real consiente ó no en poner su ejército en pie de paz sin dilación, licenciando á los voluntarios italianos. El portador de la presente, á quien tendréis á bien, señor Conde, dar vuestra respuesta, tiene orden de ponerse á vuestra disposición durante tres días. Si terminado este plazo no recibiera respuesta alguna, ó en el caso de no ser esta última del todo satisfactoria, la responsabilidad de las graves consecuencias á que daría lugar esta negativa recaería toda ella sobre el gobierno de S. M. Sarda. Después de agotar en vano todos los medios conciliadores para proporcionar á sus pueblos una garantía de paz sobre la cual el emperador tiene derecho de insistir, S. M. deberá, con gran sentimiento suyo, apelar á la fuerza de las armas para obtenerla.»

Después de haber leído lentamente este ultimátum, el conde Cavour despidió cortésmente á los dos mensajeros, guardándose bien de notificarles desde luego la negativa de su gobierno. Le importa alargar todo lo posible las dilaciones, tanto para completar los preparativos militares, cuanto para permitir al ejército francés que tenga tiempo de llegar.

Aquel mismo día se lee en el *Moniteur* de París: «El gobierno austriaco ha creído de su deber dirigir al gobierno sardo una comunicación directa para invitarle á poner su ejército en pie de paz, licenciando á los voluntarios. Esta comunicación se ha debido transmitir á Turín por conducto del ayudante de campo del general Guilay, comandante en jefe del ejército austriaco en Lombardía. Este oficial tenía orden de anunciar que esperaría la contestación durante tres días, y que toda respuesta dilatoria se consideraría como una negativa. Inglaterra y Rusia no han vacilado en protestar contra la conducta de Austria en esta circunstancia.»

El mismo número del *Moniteur* anuncia que los grandes mandos militares se hallan distribuidos de la manera siguiente: ejército de París, el mariscal Magnán; de Lyon, el mariscal conde de Castellane; de observación en Nancy, mariscal Pelissier, duque de Malakoff; primer cuerpo del ejército de los Alpes, el mariscal conde Baraguey d' Hilliers; segundo cuerpo, el general conde de MacMahón; tercer cuerpo, el mariscal Canrobert; y cuarto cuerpo, el general Niel. El príncipe Napoleón tendrá el mando de un cuerpo separado, y al mariscal Randou se le nombra mayor general del ejército de los Alpes.

En el mismo día se recibe en las Tullerías la demanda, oficial del gobierno sardo, que reclama el apoyo de Francia, seguro ya.

La Semana Santa, comenzada con esperanzas de paz, termina en medio de preocupaciones belicosas. No se han escuchado los preceptos del Evangelio: tres naciones católicas tratan de acuchillarse á pesar de las grandes palabras: «¡Gloria á Dios en las alturas y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad!»

## XL

## LA SEMANA DE PASCUA

*Domingo de Pascua 24 de abril.* — El día de las grandes alegrías religiosas se perturba esta vez profundamente. En la hora misma en que se celebran los oficios, los soldados hacen con una actividad febril sus preparativos de marcha, y la multitud se dirige hacia los cuarteles y sus barrios. Oyense toques de clarín y el redoble de tambores, y algunos regimientos, con equipo de campaña, se dirigen hacia la estación de Lyon, seguidos de un populacho entusiasta, y toman el camino de Italia.

*Lunes 25 de abril.* — Toda la guarnición de París ha marchado; no queda más que la guardia imperial, y ésta se prepara para salir también. El servicio de la plaza y del Estado Mayor se hace por la guardia de París, y hay tal carencia de hombres, que en la Bolsa los soldados de caballería deben prestar el servicio de la infantería.

*Martes 26 de abril.* — En el momento de entrar en campaña, los granaderos de la guardia imperial van á recoger su bandera en las Tullerías. La emperatriz y el príncipe bajan al patio, y aquélla abraza con emoción la bandera.

Aquel mismo día expira el plazo concedido al Piamonte por el ultimátum austriaco. Este último había tomado la forma de una comunicación fechada en 19 de abril, dirigida por el conde Buol al conde de Cavour y entregada por este último al barón de Kellersberg en 23 de abril, á las cinco y media de la tarde. La contestación está contenida en un pliego enviado el 26 por el conde de Cavour al conde Buol, y en ese documento se dice: «V. E. me ha pedido, en nombre del gobierno imperial, que conteste con un *sí* ó un *no* á la invitación que nos hace de reducir el ejército al pie de paz, licenciando á los cuerpos organizados con voluntarios italianos; y añade que si al cabo de tres días V. E. no recibiese contestación, ó si esta última no fuera del todo satisfactoria, S. M. el emperador de Austria estaba resuelto á recurrir á las armas para imponernos por la fuerza las medidas que son objeto de su comunicación.

»La cuestión del desarme de Cerdeña ha sido objeto de numerosas negociaciones entre las grandes potencias y el gobierno de S. M.; y estas negociaciones condujeron á una proposición formulada por Inglaterra, á la cual se adhirieron Francia, Rusia y Prusia. Cerdeña, con un espíritu conciliador, aceptó sin reserva ....

»La conducta de Cerdeña en esta circunstancia fué apreciada por Europa, y cualesquiera que puedan ser las consecuencias resultantes, el rey mi augusto señor está convencido de que la responsabilidad recaerá sobre aquellos que se armaron los primeros, rechazando después las proposiciones formuladas por una gran potencia, reconocidas como justas y razonables por las otras, y que ahora sustituyen á una intimación amenazadora.»

Son las cinco y media de la tarde: el barón de Kellersberg es introducido en casa de M. Cavour, que le entrega el pliego, expresando la esperanza de verle en días más felices y haciéndole acompañar por el coronel Govone, que debe ir con él hasta la frontera.

Los familiares del ministro piemontés le esperaban en la antecámara de su gabinete, y al presentarse ante ellos, exclama: «Ya está echada la suerte. *Alea jacta est.*»

En aquel mismo día 26 de abril, en París se da lectura en el Senado y en el Cuerpo legislativo de un informe sobre la situación, redactado por el conde Walewski, según las órdenes del emperador. La obra de la diplomacia imperial se había considerado siempre correcta, moderada y conciliadora; y aquel escrito decía: «Si los esfuerzos reiterados de las cuatro potencias para conservar la paz han tropezado con obstáculos, estos últimos no proceden de Francia; y si debe resultar la guerra de las complicaciones presentes, el gobierno de S. M. tendrá la firme convicción de haber hecho todo cuanto su dignidad le permitía para evitar este extremo. En presencia de tal estado de cosas, si Cerdeña está amenazada, si su territorio es invadido, como todo lo hace presumir, Francia no puede vacilar en responder al llamamiento de una nación aliada con la cual le unen intereses comunes y simpatías tradicionales, rejuvenecidas por una reciente confraternidad de armas y por la unión contraída entre las dos casas reinantes. Así, señores, el gobierno del emperador, fuerte por la constante moderación y el espíritu conciliador en que jamás dejó de inspirarse, espera con calma el curso de los acontecimientos, teniendo la confianza de que su conducta en las diferentes peripecias que acaban de producirse merecerá el asentimiento unánime de Francia y de Europa.»

En diversas ocasiones resuenan los aplausos, no muy nutridos, pero suficientes para dar idea de una aprobación. El presidente del Consejo de Estado presenta después dos proyectos de ley, uno que eleva á ciento cuarenta mil hombres el contingente de la próxima quinta, y el otro autorizando un empréstito de quinientos millones.

El presidente del Cuerpo legislativo conde de Morny, que ha sido siempre ardiente partidario de la paz, toma la palabra. «Si la guerra es inevitable, dice, por lo menos se puede estar seguro de que se localizará y limitará, sobre todo si las otras potencias alemanas tienen el buen juicio de comprender que no hay aquí más que una cuestión puramente italiana, que no oculta ningún proyecto de conquista ni puede prohiar ninguna revolución. En cuanto á vosotros, se-

ñores, desde el principio de esta cuestión habéis demostrado el espíritu pacífico que os inspiraba vuestra solicitud por los grandes intereses del país: era vuestro derecho y vuestro deber, y con esto daréis más valor y fuerza al concurso que debéis prestar al emperador. Hagamos ver hoy, á fin de que nadie pueda engañarse, ni dentro ni fuera, que frente al extranjero estamos todos unidos en un solo pensamiento, que es el triunfo y la gloria de nuestras armas.»

En este mismo día 26 de abril, la vanguardia del ejército francés desembarca en Italia. La escuadra llevando á bordo la división del general Bazaine, y procedente de Tolón, llega al puerto de Génova. El transporte de las tropas á tierra se efectúa al son de las músicas militares; un inmenso gentío acude al puerto y saluda á los soldados franceses con frenéticas aclamaciones.

El día 27 se ha pasado sin que se presente ningún cuerpo austriaco en la orilla derecha del Tesino. Todo el mundo creía que Austria se aprovecharía de sus ventajas, y que no había apresurado la ruptura sino para apresurar también el ataque; pero sus tropas permanecen inmóviles durante los días 27 y 28, y solamente el 29, por la tarde, se deciden á franquear el Tesino, lo cual indica el principio de las hostilidades. Esta dilación inexplicable es una falta no menos torpe que el ultimátum.

*Sábado 30 de abril.* — El Cuerpo legislativo celebra una sesión interesante. Se discute el proyecto de ley sobre el empréstito de quinientos millones, y el discurso de M. Julio Favre es una violenta requisitoria contra Austria, así como una apología entusiasta del Piamonte. El orador dice que desde hace cuarenta años Austria ha reinado sobre Italia por la violencia, la proscripción, las confiscaciones y el terror; pero la violencia, á Dios gracias, no es más que pasajera y nunca podría fundar un gobierno duradero. El Piamonte tiene en su favor el prestigio de una causa justa y santa y el apoyo moral de todos los corazones generosos. Le gobierna un soberano joven, orgullo de su pueblo, un soberano que quiere vengar la muerte de su noble, ilustre y desgraciado padre... La política del gobierno francés ha sido la política tradicional de Francia, pues el orador está convencido de que esta última no será poderosa hasta que Italia quede libre y esté regenerada. Romper las cadenas de los esclavos, tal es la misión de Francia.

M. Julio Favre expone las tesis de la izquierda; el vizconde Anatolio Lemerrier expresa las inquietudes de la derecha, de los partidarios del papado. Antes de votarse el empréstito pide permiso para hacer una pregunta á los señores comisarios del gobierno. Según él, las conciencias católicas están agitadas ante los acontecimientos que se preparan en Italia, y para estar completamente tranquilo, desearía oír declarar que el gobierno del emperador ha tomado todas las precauciones necesarias para garantizar la seguridad del Padre Santo. El orador tiene la firme confianza de que no se verá nunca en peligro mientras nuestros soldados residan en Roma, y sabe que el jefe de la cristiandad posee fuerzas superiores á las de todos los ejércitos, por un lado la veneración del

mundo y por la otra su debilidad misma. Sin embargo, no será menos glorioso espectáculo para el católico francés ver reservado á nuestras tropas el honor de ser los auxiliares de esa veneración y esa debilidad. El orador pide que no se renuncie á esta misión tan bien destinada á Francia, hija mayor de la Iglesia.

M. Baroche, presidente del Consejo de Estado, observa que el preopinante se ha contestado á su propia pregunta, evocando recuerdos que el gobierno del emperador se guardará bien de olvidar. Ninguna duda es posible: el gobierno adoptará todas las medidas necesarias para que la seguridad é independencia del Padre Santo queden aseguradas en medio de las agitaciones de que Italia será teatro.

Otro orador católico, el vizconde La Tour, habla después de Anatolio Lemerrier y declara que Francia debe desmentir de la manera más formal toda alianza con la Revolución, y no admite que la espada tan noble y tan fina de Francia pueda unirse con la del general Garibaldi. En esas partidas indisciplinadas no ve aliados para nuestro país, sino enemigos para el orden europeo; y no quisiera que á los ojos de Europa se pudiera sospechar que ponemos por obra medios cuyo empleo sería tal vez para Italia el germen de nuevas revoluciones.

Más característico es aún el discurso de M. Plichón, que es como el prólogo de las discusiones apasionadas y violentas que el porvenir reserva. El diputado del Norte dice en voz alta lo que muchos de sus colegas dicen en voz baja. Precisa y resume las críticas de que es objeto la política italiana de Napoleón III. M. Plichón ha votado el aumento del contingente porque nuestras tropas han pasado la frontera y porque, estando comprometido el honor del pabellón, no era ya oportuno deliberar; pero si se hubiese examinado el punto de saber qué interés tenía Francia para promover la guerra, hubiera contestado negativamente. Ha votado, pero con tristeza y dolor, y sobre todo con la profunda convicción de que el gobierno había inducido sin necesidad al país á una guerra llena de azares y de peligros para obtener resultados inciertos por lo menos. Según M. Plichón, no se deduce de ninguna de las comunicaciones del gobierno que la política de Austria haya sido en estos últimos tiempos atentatoria contra el honor ó la seguridad de Francia, y ni siquiera contra el equilibrio de Europa. El orador pregunta por qué se hace la guerra y de qué especie será ésta: si será una guerra revolucionaria ó de política, si será la negación ó la consagración de la expedición de Roma, si será la expulsión de los austriacos, la independencia, la unidad ó la federación de Italia; pregunta, en fin, dónde se va y hasta dónde se quiere llegar. No ve qué garantías se pueden tener contra lo desconocido, pues no se podría ser revolucionario en Italia, manteniéndose conservador en Francia y en Roma. No se sobrexcita el espíritu revolucionario en un punto sin que se despierte en todos los demás. Se ve lo que Francia puede perder en la guerra, pero no lo que puede ganar.

El empréstito de quinientos millones se aprueba, á pesar de todo, por unanimidad; pero el discurso del diputado del Norte, pronunciado entre hombres de ordinario tan dóciles y sometidos á todas las voluntades y las ideas del soberano, acaba de inspirar serias reflexiones al Cuerpo legislativo. En el fondo, el emperador había deseado la guerra y la casi unanimidad de los individuos del Cuerpo legislativo se habían mostrado rehacios á ella. Para borrar esta impresión se necesitará todo el prestigio de la victoria.